LAMENTOS DEL PECADOR EN EL INFIERNO

por

San Antonio María Claret
arreglado y aumentado
por Andrés Codesal

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla

ISBN 7770-136-9
Deposito Legal M 34072-1988

Parábola del rico Epulón (Lc. 16, 19-31)

19 - Hubo cierto hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo: y tenía cada día espléndidos banquetes.

20, Al mismo tiempo vivía un mendigo llamado Lázaro, el cual, cubierto de llagas, yacía a la puerta del rico, 21 deseando saciarse con las migajas que caían de su mesa. Los perros venían y le lamían las llagas.

22, Sucedió, pues, que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al Seno de Abraham. Murió tambien el rico y fue sepultado.

23, Y desde el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos vió a lo lejos a Abraham y a Lázaro en su Seno:

24, Y exclamó, diciendo: "Padre Abraham, compadécete de mí y envíame a Lázaro para que, mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, porque me abraso en estas llamas.

25, Le respondió Abraham: "Hijo, acuérdate que durante tu vida recibiste bienes, y Lázaro, al contrario, males; y así, éste ahora es consolado y tú atormentado.

25, Además, entre nosotros y vosotros hay por medio un abismo infranqueable; de suerte que los

de aquí aunque quisieran pasar a vosotros, no podrían, ni tampoco de ahí pasar acá".

27, Ruégote, pues ¡oh padre!, replicó el rico, que lo envíes a casa de mi padre; 28 pues tengo cinco hermanos, a fin de que los aperciba, y no vengan también ellos a este lugar de tormentos.

29, Le replicó Abraham: Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen.

30, No, padre Abraham, pero si alguno de los muertos fuese a ellos, harán penitencia.

31, Le respondió: Si a Moisés y a los profetas no los escuchan, aun cuando uno de los muertos resucite, tampoco le darán crédito.

Prólogo

Querido lector, muy amado en Jesucristo. Nos asegura San Gregorio Magno que, no hay cosa que tan poderosamente mueva los corazones de los hombres a la práctica del bien, como el ejemplo de los demás. El de los buenos nos mueve a imitarlos, y el de los pecadores que han sido castigados al infierno, nos infunden temor y nos apartan del mal, para no venir a caer en la misma desgracia.

Ya antes lo había declarado la misma verdad eterna, Jesucristo nuestro Señor, quién, para más movernos al horror al pecado, nos contó la parábola del rico Epulón.

El infeliz y desgraciado Epulón, vivía según aquella máxima brutal de Epicurio, que dice: "*Come, bebe y diviértete, que con la muerte todo se acaba*".

Todo se acaba, sí: Se acabarán las riquezas y también toda clase de aparentes felicidades y deleites mundanos; pero no se acabarán las penas y tormentos, del infierno. si se tiene la desgracia de morir en pecado mortal.

Entonces cabalmente empezarán para ellos todas aquellas desgracias, como se lee en el libro de Job (21. 13-15), que hablando de los malos, dice:

"Pasan en delicias los días de su vida, y en un momento bajan a los infiernos. Estos son los que dijeron a Dios: "Apártate de nosotros, que no queremos saber la ciencia de tus caminos. ¿Quién es ese omnipotente para que nos empleemos en su servicio? ¿Qué provecho sacaramos de implorar su auxilio?"...

¡Oh cuán rápidamente se apaga de un golpe la antorcha de la vida y desaparecen para siempre las riquezas, honores y deleites de los pecadores mundanos! Entonces, en un momento, caerán sobre ellos un diluvio de males eternos, y Dios en el furor de su ira, les dará la porción de los dolores correspondientes a sus pecados.

Así lo experimentó el rico Epulón, que, entregado a los deleites del cuerpo, se olvidó de su último fin y de sus esenciales obligaciones para con Dios, para consigo mismo, y para con el prójimo; y, en la hora en que menos pensaba, se vió para siempre sepultado en el infierno.

Allí, Epulón, entre lamentos y suspiros, pedía al padre Abraham que le enviara a Lázaro para que siquiera con una gotita de agua, le apaciguase un poquito su abrasadora sed. Pero se le contestó que, por justicia de Dios, las cosas habían cambiado para siempre. Lázaro que había sufrido con paciencia los males de esta vida, estaba ahora rodeado de toda clase de bienes; pero él, que había tratado de gozar todo lo que había podido en la vida, sin tener piedad ni misericordia con nadie, ahora estaría para siempre rodeado de tormentos, sin que jamás tuviera nadie misericordia de él.

—"Pues si eso no es posible, dijo Epulón, te ruego que lo envíes a casa de mi padre, donde tengo

cinco hermanos, a fin de que los aperciba, y no vengan también a este lugar de tormentos".

Replicó Abraham: "Tienen a Moisés y a los profetas, que los escuchen".

No, padre Abraham; pero si alguno de los muertos fueso a ellos, harán penitencia.

Le respondió Abraham: "Si no escuchan a Moisés y a los profetas, aun cuando un muerto resucite, tampoco le darán crédito".

Tal vez a muchos recionalistas les parezca esta afirmación exagerada: No creen en los curas, porque son hombres como nosotros; pero si volviese alguien del otro mundo, entonces sí creerían.

Pero la Biblia no engaña; los que no quieren creer a Moisés ni a los profetas, tampoco creerán aunque resuciten los muertos... ¿No resucitó Jesucristo a Lázaro, después de cuatro días sepultado, cuando ya su cuerpo estaba descompuesto y olía mal, y, sin embargo los judíos no se arrepintieron?

En vez de reconocer su divinidad, reunidos en concilio, se decían: ¿Qué haremos con ese hombre? Está haciendo muchos milagros, si lo dejamos así, todos van a creer en El... (Jn. 11, 47-48).

Los judíos reconocen que, si Jesucristo hace tales milagros, lo razonable es creen en El. Y sin embargo, ellos no creen.

Ved como se cumple lo que afirma la Biblia; los que no quieren creer, tampoco creerán aunque resusuciten los muertos.

VOCES O AYES
DEL RICO EPULON
GRANDE Y PODEROSO DEL MUNDO

En esta mansión de horror
Y de sempiterno llanto,
Es inmenso mi quebranto,
Es inmenso mi dolor.

¡Ay de mí, que atormentado
Con suplicios infinitos,
Aquí pago mis delitos,
Entre llamas sepultado!

Soy aquel rico glotón
Que viví cual fiera hiena,
Y que á la miseria ajena
Cerré siempre el corazón.

Yo que en el mundo viviendo
De mi deber olvidado,
Saltaba precipitado
Tras de los vicios corriendo.

En banquetes temulentos
Dado a deleites brutales,
Y a las torpezas carnales
Consagraba los momentos.

Mi descaro e insolencia
Cerró siempre los oídos
A avisos muy repetidos
Que me daba la conciencia.

Y era tanta mi dureza,
Que al pobre en su desventura
Insulté con saña dura,
Me reí de su pobreza.

Aquel triste desvalido
Lázaro infeliz un día
Limosna a mí me pedía
Muy postrado y abatido.

Decía con tierno acento:
Ten de mí, Epulón, piedad,
Mira mi mendicidad,
Alárgame algún sustento.

Yo que regaladamente
Estaba entonces comiendo,
Asco de Lázaro haciendo,
Le respondí bruscamente:

¿A dónde vas, andrajoso?
Mucho atrevimiento tienes;
Mi placer a turbar vienes
Con tu semblante asqueroso.

Vete, apártate de aquí,
Que aunque deplores tu suerte
Casi en brazos de la muerte,
Nada alcanzarás de mí.

Y Lázaro sollozó:
Viendo el duro pecho mío;
Epulón, dijo, se pío
Por el Dios que nos crió.

Una migaja siquiera,
O rico, para aliviarme
A lo menos puedes darme
Lo que tu perro no quiera.

Yo a Lázaro repliqué:
Aparta, mendigo insano;
Que solloces es en vano,
Para que limosna de.

Qué, ¿por fin tú te decides
Por Dios limosna a clamar?
¿Y así piénsala alcanzar
De mí, que por Dios la pides?
Yo del mundo entre caricias
Vivo, y otro Dios no quiero,
Que mi vientre que venero
Con regalos, con delicias.
Dije la vista apartando
De Lázaro mendigante,
Quien se retiró al instante
Triste y a mares llorando.
Mas ¡ay! que aquí la medida
De mis crímenes se llena;
Luego la hora fatal suena
De mi última partida.
¡Ay de mí triste Epulón!
Dejé aquel breve contento,
Salí del mundo al momento
A eterna condenación.
Al mismo tiempo murió
Aquel Lázaro andrajoso,
Y para el eterno gozo
Del breve penar partió.
La mayor felicidad
Ha de ser su recompensa;
Para mí una pena inmensa
Por toda la eternidad.
Desde aquí en mi grande afán,
Para desdicha mayor,
Se me permitió ¡oh dolor!
Verle en el Seno de Abraham,
Mientras que alegre esperaba
De Cristo el advenimiento,

Para ir a aquel contento
Y gran bien que nunca acaba.
  Lázaro, al punto exclamé,
Mira mi cuidado anhelo;
Dame, dame algún consuelo,
Aunque yo te lo negué.
  Dame ¡ay! algún lenitivo,
Socorro, algún refrigerio;
Mírame en tanto improperio
Y estado tan aflictivo.
Y una voz me respondió:
Epulón, en vano clamas;
Pues ninguno en estas llamas
Jamás consuelo alcanzó.
  Tú en el mundo fuiste rico,
De tu riqueza abusaste,
Y así al fin te condenaste
Por tu proceder inico.
  Dos sendas hay, y se ofrecen,
Para que elija el mortal,
Estas son el *bien* y el *mal:*
Por el mal todos perecen.
  El mal camino elegiste,
Tu perdición tu buscaste;
Cuando en el mundo moraste,
Ya el galardón recibiste.
  ¿No tuviste libertad
como cualquier otro hermano?
Pues ¿por qué corriste ufano
En pos de la iniquidad?
  Para tu mayor desdoro
Despreciaste, hombre perverso,
Al que crió el universo;
Sólo amaste tu tesoro.

Necio, ser un Dios creías,
Tú la moral insultabas,
Y sin freno tripudiabas,
Y al mendigo escarnecías.
Con un proceder tan ruin,
Todo mortal que así vive,
Epulón, no, no consigue
Otra cosa que un mal fin.
¡Ojalá que escarmentaran
Con tu ejemplo los mortales,
Y esas sendas infernales
Con todo esfuerzo evitaran!
Así se expresó la voz,
La visión desaparece,
Contra mí se encrudelece
Un remordimiento atroz.
El *siempre* me representa
El bien que dejé de hacer;
Y por mi mal proceder,
Más me angustia y me atormenta.
Un eco triste ¡infeliz!
Dice. *pudiste salvarte,*
Preferiste condenarte
Con tu culpable desliz.
¡Oh! ¡qué arazosa memoria,
Que por un breve placer
Haya venido a perder
Una eternidad de Gloria!
¿Por qué me dejé engañar
En mi loco frenesí?
No he conseguido ¡ay de mí!
Sino un amargo penar.
Se abrasa mi corazón
De llamas en un diluvio:

Soy un Etna, soy un Vesubio,
Todo desesperación.
  Tempestuoso mar de ardores
Es esta mansión horrenda,
Do siento pena tremenda,
Los más terribles dolores.
  Clamo, grito, en vano ruego,
Sin alivio estoy sediente;
Soy más que una pira ardiente,
Todo un ascua, todo fuego.
  Y en tan horrible penar,
Aun exceden mis penas
Al sin número de arenas
De playa y fondo del mar.
  Y este mi fiero tomento
Siempre, siempre durará.
Jamás, jamás cesará.
Ni por un solo momento.
  Inútil aquí el llorar,
Pues que nada hay de terneza;
Crueldad todo es, dureza,
Y penar y más penar.
  ¡Cuántos, ay, aquí se ven
De rabia llenos y de ira,
Y el uno al otro se mira
Con el más brutal desden!
  ¡Oh! ¡y qué horrendas visiones!
¡Ay qué gritos espantosos,
Plañidos muy dolorosos,
Y crujidos de prisiones!
  El padre al hijo imprompera;
El hijo maldice al padre;
La hija a su propia madre
Con terrible saña fiera.

La esposa contra el marido
Maldiciones mil vomita;
Contra la esposa este grita
Con foribundo alarido
Despechado, ardiente clama
El hermano aquí rabiando,
A su hermano improperando,
Y cual toro herido brama.
Se ven que encrudelecidos
Los amigos se maldicen,
Mil improperios se dicen
De furor, de rabia henchidos.
Se oye aquí horrible voceo;
Se ven escenas atroces,
Acciones las más feroces,
Todo es triste clamoreo.
¿Y acaso no habrá algú medio
De tantas penas salir?
No: por *siempre* he de gemir
Sin alivio, sin remedio.
¿Por *siempre*? ¿nunca piedad
Habrá para un condenado?
¿He de sufrir malhadado
Por toda una eternidad?
Si, por *siempre* eternamente;
Sí, sí, sin ningún consuelo,
Eterno será mi duelo,
Atormentado cruelmente.
¡Si la excelsa Omnipotencia
Me permitiera algún día
Volver al mundo! yo haría
Rigurosa penitencia.
Llevaría muy gustoso
Cuantas penas padecieron

Los mártires, que sufrieron
Suplicio el mas horroroso.
Yo cargado de cadenas,
Yo vestido de cilicio,
De mí haría un sacrificio,
Abriendo todas mis venas.
¡Si pudiera aprovecharme!
¡Si algún tiempo se me diera!
¡Cuánto, cuánto bien hiciera,
O cielos, para salvarme!
Mas son vanos mis gemidos,
Pues los que están en infierno
sufrirán tormento eterno,
Y *jamás* serán oídos.
¡Oh tú, eternidad terrible!
Tu sola memoria espanta,
Sí, me angustia y me quebranta
En situación tan horrible.
¿Quién eres? Yo aquí me pierdo...
Tu *siempre*, tu *siempre* ¡ay triste!
En mi mente fijo existe;
Tu *jamás* siempre recuerdo.
¿Nunca, nunca finirás?
¿Siempre, siempre has de durar?
¡Qué! ¿nunca te has de acabar?
No: *¡jamás, jamás, jamás*!

Resoluciones

Hermano mío: a consecuencia de lo que has leído, ¿qué resoluciones son las que vas a tomar?

Ya ves que puedes morir en cualquier hora, y tal vez en la que menos pienses, como sucedió al desgraciado Epulón...

¿De qué le aprovecharon a este infeliz todas sus riquezas, todos los honores, y todos los gustos que dio a su cuerpo, habiendo perdido el alma para toda la eternidad?

¿Y de qué te aprovecharán también a tí esas mismas cosas, si como él te pierdes?

Tal vez tú, ni siquiera quieres pensar en la muerte, juicio e infierno, para que su recuerdo no te amarguen la vida. Pero, porqué tú no quieras pensar en ellas, ¿dejarán de existir estas verdades?, y si te condenas, ¿dejarás de ir a ellas?

O tal vez, para engañarte a tí mismo, dirás: "Yo ya creo que he de morir; pero Dios es bueno y es mi Padre, y no creo que me eche a los infiernos". Pues, ¿quién sería el padre que fuese capaz de echar a su hijo a un fuego como el del infierno?

Cierto que Dios es tu Padre; pues El te ha criado y ha puesto en ti, su imagen y semejanza, y te quiere hacer heredero del patrimonio celestial; para este fin te ha criado. Pero también quiere que tú te portes

como buen hijo; y si no cumples como tal, esto es, si quebrantas sus mandamientos y mueres sin arrepentirte, no podrás lograr el fin para el que has sido creado.

Pongamos un ejemplo: Supongamos que hay un padre que tiene un hijo muy amado y que le quiere hacer heredero de todo su rico patrimonio. Si este hijo tiene la desgracia de caer en una enfermedad mortal. ¡Ay qué pena! ¡Qué sentimiento para aquel buen Padre! ¡Qué solicitud! ¡Qué cuidados! No perdona medio alguno ni repara en hacer los gastos más excesivos. No obstante, si apesar de tantas diligencias en médicos y medicinas, al fin muere, ¿qué hace entonces el padre? Ya muerto el hijo, ¿fétido y asqueroso le tendrá en su casa? ¿Le pondrá a su lado en la mesa? ¿Le constituirá heredero del patrimonio? De ninguna manera; alguno otro que quede vivo le sustituirá, aunque sea menor. Y aquel que era mayor, y muy amado de su padre, será entregado a los sepultureros, para que sea colocado entre los otros muertos, para ser comida de los gusanos.

Hagamos la aplicación: Dios es tu Padre, no lo niego, y que te ama muchísimo. Este amor que te profesa le ha obligado a enviar a su Hijo para ser tu Maestro y Médico; el cual, para curar tu mortal enfermedad, ha dado por medicina la sangre de sus venas, disponiendo la dosis de este divino medicamento en los santos Sacramentos.

Como si esto aún fuera poco, se ha valido de inspiraciones, de libros espirituales, de predicadores celosos y de buenos confesores. De suerte que no perdona medio, gasto ni diligencia; en una palabra, no puede hacer más: No obstante, si con tales medios te pierdes, se te dirá: *Perditio tua ex te*. Si te

has perdido, es por tu culpa. Si a pesar de tantos medicamentos espirituales, mueres en pecado, ya no podrás habitar en la casa de tu Padre celestial. Ya no te sentarás a su lado en su mesa divina, ni podrás participar jamás de aquel rico patrimonio que te tenía preparado en la gloria, sino que te sucederá lo mismo que al rico Epulón, de quien dice el Evangelio: *Sepultus est in inferno:* que fue sepultado en el infierno.

En efecto: lo propio experimentarás tu, si mueres en pecado: Serás sepultado en el infierno; serás colocado entre los condenados; serás el pábulo de aquel fuego devorador y el juguete de los demonios.

¡Ea!, hermano mío: no seas loco, ten prudencia... ¿Qué pierdes en vivir como Dios manda y ajustar tu vida a los mandamientos? Por cierto que nada de valor perderás sino únicamente tus vicios.

De todas formas, esos tus vicios que no quieres perder, te los van a quitar, quieran o no, a la hora de la muerte. Y lo que podrías ganar, si tu voluntariamente los dejas, no habrá quien te lo quite y será tuyo para siempre.

Resuélvete de una vez; haz una buena confesión general, y Dios de todo te perdonará. Y sino, dime: Si estuvieras mortalmente enfermo, y te dijesen: "si tomas esta medicina, te curarás infaliblemente", ¿con qué ahinco la tomarías aunque fuese algo amarga? Pues, entonces, ¿por qué no tomas esta medicina de la confesión, que si la haces con las debidas disposiciones, sabes quedarás curado de esa enfermedad mortal que padece tu alma? ¿Por qué, pues, no te confiesas? ¡Ah! Si a Epulón o a cual-

quier otro condenado se le ofreciera el tiempo y el remedio que a tí, cómo lo aprovecharían!

Si tú lo desprecias, cuando estés allá, será para tí el gusano que siempre te roerá y nunca jamás morirá, como asegura Jesucristo (Mc. 9, 48).

Por Dios te suplico, que hagas una buena confesión; que establezcas un nuevo plan de vida; que seas devoto de María Santísima y, si así perseveras, te prometo que no irás a aquel lugar de tormentos, sino que serás feliz en el cielo por toda la eternidad, que es lo que te deseo. Así sea.

REFLEXIONES A TODOS LOS CRISTIANOS

En todas tus obras acuérdate de tus novísimos o postrimerías, y no pecarás jamás (Eccli. 7, 40)

Carísimo cristiano que esto lees: Has de saber que es el amor que te profeso quien me anima a escribir lo que te voy a decir... Séame Dios testigo que es verdad cuanto te digo, y únicamente deseo tu felicidad.

¿Quiéres ser feliz en este y en el otro mundo? —He aquí el secreto—: No peques y lo conseguirás.

¿Quiéres no pecar? —Hay para esto un remedio infalibe; acuérdate de la muerte; piensa que has de morir, y no pecarás—.

Mira esta lámina. ¡Qué espejo más excelente! Así como el que se mira en un espejo, ve en el mismo su propia imagen, también tu hallarás en el que te ofrezco diferentes y multiplicadas imágenes de tí mismo.

¿Ves esa calavera? Ella es tu imagen. No habrá de pasar mucho tiempo sin que tú seas lo que ella es. No tendrás ojos ni narices, labios ni orejas, carne en el rostro ni en las demás partes de tu cuerpo; todo desaparecerá; lo habrán comido los gusanos, pues que a su voracidad vas a ser entregado.

Este es el significdo de la palabra *cadáver* "carne dada a los gusanos". Y de ahí es que, aun cuando seas la persona más hermosa, quedarás hecho cebo y pasto de gusanos, y tan fea como esta calavera.

Y no pienses que has de tardar mucho en hallarte así; pues ya te estás muriendo.

Mira de nuevo la lámina, y en ella encontrarás tres figuras o imágenes de tu vida: el reloj de arena, una vela ardiendo, y un velón también ardiendo. Pues bien: así como la arena se escurre sin cesar, y así como la cera y el aceite se consumen, del mismo modo se va gastando tu vida en cada instante, y poco a poco te vas muriendo.

Pero tampoco olvides que, así como basta un poco de viento para acabar con la llama de la vela, aunque ésa esté casi entera; así también puede acabarse tu vida, por muy robusta y gallarda que sea tu juventud. Aun cuando goces de la mejor salud, cualquier día y cuanto tú menos pienses, puede ocurrirte un accidente y en un momento puedes convertirte en cadáver. ¿Y de que te servirá toda la gloria del mundo, si pierdes tu alma, como te advierte Jesús en el Evangelio?

Pero aun puedes ver algo más en el presente dibujo. Vuélvelo a mirar y encontrarás una palma, una espada y una culebra enrosacada que forma un círculo. Pues ninguna de estas cosas carece de significado: La palma es el símbolo del triunfo y gloria que te aguardan en el cielo si vives virtuosamente. La espada es el símbolo de la pena que en los infiernos te espera, si vives mal. Y la culebra formando círculo, simboliza la eternidad, y te recuerda que tanto tu felicidad, si te salvas, como tu condena, si te pierdes, ambos no tendrán fin.

Y has de tener bien entendido que, tu muerte será cual hubiere sido tu vida. Piensa y medita que en cierta manera eres como un árbol, el cual, si crece derecho y hermoso, al cortarlo, se hallará ser útil para madera, y para ser colgado en un palacio; pero si crece torcido, cuando le corten no se enderezará por muy gran golpe que dé sobre el suelo, sino que torcido quedará, no sirviendo más que para el fuego.

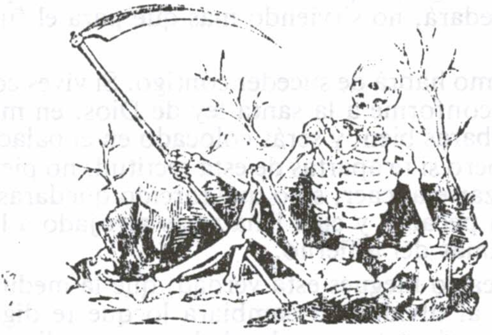
Lo mismo habrá de suceder contigo: Si vives con rectitud y conforme a la santa ley de Dios, en muriendo acabarás bien, y serás colocado en el palacio del cielo; pero si te apartas de esta rectitud, no pienses enderezarte al caer, sino que torcido quedarás y morirás en pecado, y cual leña serás arrojado a las voraces llamas del infierno.

Que creas o niegues esta verdad; que la medites o la eches al olvido, no cambiará lo que te digo; pues aunque tú no te acuerdes de la muerte, ella a tí no te tiene olvidado; corriendo va tras de tí con la velocidad del rayo, y no tardarás en ser víctima de su guadaña.

Atiende, pues, a mis avisos, que me dicta el deseo de tu bien;... Arregla ahora con tiempo tus negocios, y ponte ya en el estado en que quieras hallarte a la hora de la muerte.

Haz una sincera y dolorosa confesión; huye del mal; haz acopio de buenas obras, pues que ellas son lo único que podrás llevarte de este mundo; lo de más acá se queda; otros se holgarán con tu hacienda e intereses; a tí te cubrirán con una pobre mortaja y así te echarán de tu propia casa, y pronto te olvidarán.

Por lo tanto, piensa muy a menudo en la muerte, y, especialmente cuando seas tentado o te halles en peligro de pecar. En estos momento debes decir: *"Este cuerpo mío se pudrirá, ¡ay! y del alma ¿qué será?"*. Dilo almenos por las noches cuanto te vas a acostar.



Considera lo que ha sido de mí: porque lo mismo será de tí: hoy por mi, mañana por tí. (Eccli. XXXVIII, 23).

Desengaño de la vida humana,
y memoria de la muerte.

DESENGAÑO DE LA VIDA HUMANA
y memoria de la muerte

Si quieres ver el triste fin que espera
A todas nuestras vanas fantasías,
Abre los ojos, mira y considera
El miserable fin de nuestros días:
Mira en este retrato y calavera
En qué paran los gustos y alegrías,
¡Ay! (aunque me ves en tal retrato),
Vi, palpé, gusté, oí y usé de olfato.
Observa en mi figura repugnante
El desengaño de la humana vida,
El monarca en su trono rutilante,
Y el mendigo en su choza carcomida:
Contemplen todos, pues me ven delante,
La Ley terrible de morir cumplida;
Ley que a todos con miseria y luto
Desde el súbdito al rey pagan el tributo.
Estos áridos, huesos, fríos, secos,
Esta funesta sombra, esta figura,
Estas quijadas, cuyos tristes huecos
Dientes llenaron de sin par blancura,
Recuerdo son y penetrantes ecos
De la humana miseria acerba y dura:
Todo me falta; vida, sentimiento,
Memoria, voluntad y entendimiento.
Ni un solo instante vivas descuidado:
Huye el ocio, lisonjas y mentiras,
El vicio deshonesto acibarado,
El odio, las venganzas y las iras:
Huye la vanidad, huye avisado

Esos placeres a que necio aspiras;
Mira, que es el sepulcro tu enemigo,
Y en él tus gustos se hundirán contigo.
  Ajusta bien la cuenta, que es forzosa,
Y ten por cierto, no te escandalice,
Que te la han de tomar tan rigurosa,
Que de horror el cabello se te erice:
Porque será tan triste y espantosa,
Que el mas osado, más se atemorice,
Viendo puesto sus culpas por asiento
Hasta el más escondido pensamiento.
  ¿Qué sirvió el pelo al oro semejante,
Frente, ceja, nariz, menudo diente,
De blanca nieve y púrpura el semblante,
Y ojos cual sol que brilla en el oriente?
¿Qué el labio de coral? si en un instante
Dientes, labios, nariz, ojos, frente,
Cejas, cabello, púrpura y blancura,
Todo lo consumió la sepultura.
  Cuando por el camino de la vida.
Segura al parecer iba yo andando,
Con mi hermosura plácida engreída,
De oro el vestido y perlas arrastrando,
Asaltóme la muerte, que atrevida
A mi encuentro salió, y me fue quitando
Oro, perlas, vestido y hermosura;
Quedando, como ves, en tal figura.

DECIMAS
PARA DESPERTAR AL PECADOR

Piensa bien que has de morir,
Piensa que hay gloria e infierno,
Bien y mal, y todo eterno,
Y que a jucio has de venir:
Ponte luego a discurrir
Tu vida y modo de obrar,
Y que ahora sin pensar,
Si te diese un accidente,
Y murieses de repente...
¿Dónde irías a parar?

Medita lo que te digo,
Trata de enmedarle fiel,
Mira que aun este papel
Será contra tí testigo:
A que no olvides, te obligo,
Muerte, juicio, infierno y gloria;
Deja toda vana gloria;
Y con cristiano talento,
No hagas loco pensamiento
De una tan cuerda memoria.

El tener, has presumido,
En la postrera ocasión
Un dolor de contricción...
Muy pocos lo han sonseguido:
Y aunque algunos le han tenido,
¿Quién, di, tan loco será,
Que en tal riesgo se pondrá,
Y cosa tan importante
Dejará para un istante,
Que no hay otro, si se va?

Si de una gran cantidad
Con cuenta errada te hallarás,
¿Para ajustarla aguardaras
A estar con enfermedad?
Pues ¿cómo tu voluntad
Mal entendida no advierte,
Y de un negocio tan fuerte,
Que te importa eterna vida,
Quieres la mayor partida
Dejarla para la muerte?

Cierto no puedés saber
Lo que es del mundo salir,
Harto harás en resistir,
Sin que tengas más que hacer;
En un momento has de ver,
En un libro de verdad,
Escrita tu corta edad
Entre una y otra congoja,
Donde al volver una hoja,
Verás una eternidad.

El tacto, gusto, oído,
Olfato, vista y conciencia
Llevan (entre la dolencia)
Su ejercicio confundido:
Inobediente el sentido,
Torpe le hallarás y vano;
Pues ¿cómo quieres, cristiano,
Estando en la enfermedad,
Mover a la voluntad,
Si no puedes una mano?

Dime, ¿qué importa te den
El Sacramento y la Unción,
Y que hagas tu confesión,
Si no te confiesas bien?

¿Cuántos serán los que estén,
Con tus mismos pensamientos,
En los eternos tormentos?
¿Cuántos, cuántos habrán sido
Los que al infierno habrán ido
Con todos los Sacramentos?...
Aprisa no se han de hacer
Cosas que importantes son:
Y una buena confesión
Tiempo, tiempo ha manester.
Sobrado tendrás que hacer,
Cuando enfermo hayas caído,
En cuidar de tu sentido:
Sin que más vivo tu amor,
Ande a buscar un dolor,
Que en su vida no ha tenido.
¡Qué loco engaño recibes,
Cuando mucha vida quieres,
En el tiempo que te mueres,
Aún muriendo lo que vives!
En tal ocasión no estribes;
Considera el mal que obraste,
Y pues sin susto pecaste,
A Dios dale sin zozobra,
Contra un olvido que sobra,
Una memoria que baste.
Si en la hora de la muerte,
Aún sin pecado mortal,
Lo que divierte hace mal,
No mas de porque divierte:
¿Cómo, cuando el daño es fuerte,
Has de buscar la virtud?
¿Cómo podrá tu inquietud,
Desasoiego y violencia,

Arreglar una conciencia,
Que no pudo en la salud?...
Ofender a Dios viviendo,
Y morir a Dios amando,
Engaño... pues que aguardando
Está en juicio muy tremendo.
¿Cómo no vas advirtiendo,
Que sobre nunca quererle,
Toda una vida ofenderle,
Y un solo instante buscarle,
Mas que en su bondad amarle,
Será en tu riesgo perderle?
Aquel que llegó a vivir,
Como si piedad no hubiera,
Jamás la justicia espera,
Cuando se debe morir:
No hay aquí que discurrir,
Porque, a la verdad, entiendo,
Que aquel que temió viviendo,
Ha de morir confiando:
Y ha de morir recelando
El que vivió no temiendo.
Tus culpas se han de saber,
No las quieras encubrir;
O tú las has de decir,
O en público se han de leer:
Si se leen, ha de ser,
Viendo a tus pies el averno
Para tu castigo eterno.
Pues ¿no es mejor con victoria
Decirlas para la gloria,
Que oírlas para el infierno?
La justicia y la razón,
Según fuere tu conciencia,

Han de fallar la sentencia,
De que no hay apelación:
Eterna condenación
Sufrirás por tu pecado:
Hombre que estás bautizado,
Te pido por el Señor,
Que medites con temor
En tu venidero estado.
Fácil se cree un dolor,
Propósito y confesarse,
Y luego al punto pasarse
Desde un olvido a un amor:
No es fácil que aunque el favor
De la gracia es tan valiente,
Aun está de tí pendiente;
Mira que es necia ignorancia,
Cosa de tanta importancia
Fiarla en un accidente.
Una sentencia, una muerte
Habrá solo; el juez es Dios;
Si los fallos fuesen dos,
Podría cambiar tu suerte.
¡Jesús, qué lance tan fuerte!
Mira que es para temblar,
Que remedio no has de hallar
Ni en el cielo ni en la tierra;
Si solo una vez se yerra,
¡Ay qué terrible penar!
Mira que has perdido el juicio,
Pues de tí propio homicida,
Te vas quitando la vida
Con uno y con otro vicio:
Porque del loco artificio
Temporalmente te ves

Lleno y de humano interés,
Ahora estás muy ufano;
Pero repara, cristiano,
Esto es *ahora ¿y después?*
Este *después* considera,
Que este *ahora* ha de faltar,
Y el *después* ha de durar
Eternamente a cualquiera:
Este *después* que te espera,
Es el que cuidado da,
Que este *ahora* claro está
Que es ligero movimiento
Nacido de un corto aliento,
Que cuando viene, se va.
Dispon tu cuenta ajustada,
Que aún así cuando enfermares
Del tiempo que allí encontrares,
Aun no ha de sobrarte nada,
Mira que de esta jornada
No se ha de volver jamás;
Mira el paraje en que estás,
Que es cosa para aturdir,
El saber que has de partir
Sin saber a donde vas.

¿Quien de vosotros podrá habitar en aquel fuego devorador? ¿Quién de vostros podrá morar entre los ardores sepiternos? (Is. 33, 14)

Ven cristiano, te diré, como el ángel del Apocalipsis dijo a San Juan, y te haré ver la condenación de un alma... Mira ese dibujo; mira en él tu retrato, pues tal debías hallarte tu si la muerte te hubiera sorprendido hace tiempo.

Ven, alma cristiana, te diré, como el ángel dijo a Santa Teresa; mira aquí el lugar donde tu podiste venir a parar... mira esa lámina, mira en ella tu retrato.

¿Que os parece?... ¿Quién de vosotros será tan valiente que no se sienta horrorizado y se considere capaz de habitar para siempre en ese lugar? ¿Quién no se asustara si le ofreciran como habitación un simple horno encendido?

Si ahora os cae encima una chispa de fuego, una gota de agua o de aceite hirviendo, no podéis sufrir el dolor que os causa, y ¿no sentís miedo de tener que sufrir para siempre aquel fuego devorador, si tenéis la desgracia de morir en pecado?

Quizá, dirá alguno: "Tal vez no es cierto"... ¡Qué dices, infeliz ¡La verdad del infierno es un dogma de fe! Lo dijo Jesucristo. ¡Atreverse a negarlo es lo mismo que llamar mentiroso a Jesucristo!

Dios no puede mentir. *"No es posible que Dios mienta"* (Heb. 6, 18) Y Dios es el autor del Antiguo y Nuevo Testamento, que, en multitud de pasajes nos hablan de la verdad del infierno.

Y no sólo esto; pues, hasta la misma razón natural lo confirma.

No hay reino bien ordenado donde no se premie

LUXURIA
ROB
HOMIC
IDI

la virtud y se castiguen los vicios. A los héroes se les premia con cruces de honor y con medallas, y a los criminales se les castiga en las cárceles y calabozos. ¿Pues cómo nos atreveos a pensar que sólo en el reino de Dios no ha de haber justicia para premiar a los buenos y castigar a los malos?

Mientras vivimos en este mundo, nos deja en libertad para obrar bien o dejarlo hacer, e, incluso para obrar mal. Pero, ¿quién se atreverá a pensar que no va a llegar nunca el día en que nos pida cuentas de nuestro proceder?

Jesucristo dijo: *"Así como se recoge la zizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo. Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, y quitarán de su reino a todos los escandalosos y a cuantos obraron la maldad, y los arrojaron al horno del fuego. Allí será el llano y el rechinar de dientes. Al mismo tiempo, los justos, resplandecerán como el sol en el reino de su Padre"* (Mt. 13, 40-43).

Estas penas y tormentos del infierno, son, y deben ser eternas. Pues, además de afirmarlo el mismo Dios en muchos lugares de la Sagrada Escritura, lo dicta también la misma razón natural.

Se enseña en teología que, al pecar contra Dios, se comete una culpa infinita, por cuanto se ofende a un Dios de dignidad infinita, y por ello, el pecador, merece un castigo infinito.

Además, el pecador, despreciando la sangre y méritos de Jesucrito, que son de valor infinito, y al obstinarse en su pecado, Dios tiene, irremisiblemente, que castigarle para siempre, por toda la eternidad, como está escrita: *"Sabrás que soy un Dios que se castigar"*.

Para que no queden dudas de la eternidad del in-

fierno, citamremos algunos lugares de la Sagrada Escritura donde se afirma claramente:

Jesucristo, en el día del juicio, dirá a los impíos: *"Id, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles"* (Mt. 25, 41).

"El Señor Omniponte los castigará en el día del Juicio, dando al fuego y a los gusanos sus carnes, y gemirán de dolor para siempre" (Jd. 16, 20).

"Los cobardes, los incrédulos, los execrables, los homicidas, los deshonestos, los hechiceros e idólatras y todos los embusteros, su suerte es el lago que arde con azufre, que es la muerte segunda y eterna" (Ap. 21, 8).

"El humo de sus tormentos estará subiendo por los siglos de los siglos, sin que tengan descanso alguno ni de día ni de noche" (Ap. 14, 11).

"Entonces, los hombres buscarán la muerte y no la hallarán; desearán morir, pero la muerte huirá de ellos" (Ap. 9, 6).

"Porque el gusano que les roe, nunca morirá y el fuego que les abrasa, nunca se apagará" (Mc. 9, 43).

"Si tu mano o tu pie te son ocasión de escándalo, córtalos y arrójalos lejos de tí; pues más te vale entrar en la vida manco y cojo, que con las dos manos o los dos pies ser precipitado al fuego eterno" (Mt. 18, 8).

"E irán estos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna" (Mt. 25, 46).

No se pude dudar de la eternidad de las penas del infierno, porque, como hemos visto, lo dicen claramente las Sagradas Escrituras, y son, además, una verdad de fe expresamente definida por el Magisterio infalible de la Iglesia.

Valga por todas la declaración del papa Virgilio contra los errores de Orígenes:

"Si alguno dice o siente que el castigo de los demonios o de los hombres impíos es temporal y que en algún momento tendrán fin... sea anatema" (Denz. 211).

Y en el símbolo atanasiano, se nos dice:

"Los que obraron bien, irán a la *vida eterna*; y los que mal, al *fuego eterno*. Esta es la fe católica. Si alguno no la cree fielmente, no se podrá salvar" (Denz. 40).

¿Qué es la eternidad?

"Eternidad" quiere decir, que no acaba nunca; que durará hasta siempre; que nunca jamás tendrá fin. Todo esto es fácil decirlo, pero ¿quién es capaz de comprenderlo? ¿Quién tiene cabeza para poder imaginarse lo que ésto significa?

Si cupiera en nuestra imaginación lo que es durar para siempre, debiéramos temblar y estremecernos de espanto al pensar que, si no somos eternamente felices, habremos de ser eternamente desgraciados.

Los trabajos de este mundo, por muy grandes que ellos sean, son trabajos sin importancia, porque todos tienen fin.

¿Qué sería de nosotros si no existiera la muerte? ¿Qué sería de los enfermos incurables que padecen grandes dolores, si no tuvieran como última solución el que tienen que morir?

¡Pues en el infierno no existe la muerte! Allí, *los hombres buscarán la muerte y no la hallarán; los*

condenados desearán morir, pero la muerte huirá de ellos (Ap. 9, 6).

¡Cuál será, pues, la desesperación de un condenado que sufre terriblemente, y que sabe que lo mismo estará sufriendo años y años, siglos y siglos, mientras Dios sea Dios, por toda la eternidad!

Cuando en este mundo alguno está desesperado, se quita la vida, y piensa de esa manera acabar con su desesperada situación. Pero los que están en el infierno, ni siquiera eso pueden hacer. ¡Ellos quisieran morir; quisieran explotar; quisieran reventar; quisieran aniquilarse y desaparecer para siempre...! Pero, desesperados, rabiosos y enfurecidos con ellos mismos, segirán desesperándose, y rabiando, y enfureciéndose sin cesar por los siglos de los siglos hasta siempre!

¿Qué es no tener fin?

—Dice San Buenaventura: "Si un condenado derramase cada cien años una sola lágrima, y si ésta milagrosamente se conservase íntegra en algún lugar llegaría el tiempo en que hubiese llorado tanto que con sus lágrimas se pudiese hacer un már más grande que todos los océanos y mares de la tierra...!

Imaginemos tranquilamente, ¿cuántos millones de años fueran necesarios para igualar, no digo ya al mar océano, sino a un solo arroyuelo? Por ventura, después de lleno un mar en tantos millones de siglos, ¿se podría decir: *ésto es la eternidad, aquí acabó?* No, sino empezó. Vuelvanse, pues, a guardar otra vez las gotas de lágrimas tan tardías de aquel miserable condenado, y llenen otra vez el piélago después de tantos millones de centenares de años, ¿se acabaría entonces la eternidad? No, sino que empezaría como el primer día. Repítase lo mismo

otras diez, otras veinte y otras cien mil veces; hínchese y rebosen otros cien mil océanos con todas las pausas y tardanzas que hemos dicho; topariase, por ventura, con el suelo de la eternidad? No, sino que nos quedaríamos en la superficie, y ella quedaría tan profunda e inapelable como al primer paso...''

Quizá el lector piense: ¡Esto es demasiado! ¡Esto no es posible!

—Pues aunque te parezca imposible, ésa es la realidad, y tú mismo la vas a ver y a comprobar.

Llegará el día en que tú, quienquiera que seas quien esto lees, que habrás vivido tanto tiempo en algún lugar, y habrán pasado tantos centenares de millones de años, que habrían sido suficientes para llenar el mar gota a gota, como decía San Buenaventura.

¡Pobre de tí si lo has pasado en el infierno! ¡Dichoso de tí, si estuvieras en el cielo!

Si has sido inteligente y has ido al cielo, allí se te pasarán los siglos y los años sin pensar. Cuando te des cuenta habrán pasado millones y millones de años. Y si entonces piensas en esta vida de ahora ¿que te parecerá? ¿Qué pensarás de aquellos que no quieren hacer aquí unos años de penitencia para ganarse el cielo para toda la eternidad? Cuando hayas estado en el cielo cien mil millones de años ¿qué te parecerá una vida de cien años en este mundo haciendo penitencia para ganar aquella felicidad? ¿Pensarás que te lo vendieron caro?

Aunque la vida del cielo no durará más tiempo que lo que vivimos en este mundo, estaría muy bien pagada cualquier penitencia que se hiciera para ir allá; *''porque los trabajos de este mundo no tienen*

comparación con la gloria que esperamos" (Rom. 8, 18). Pero si además de que aquellos placeres son tan extraordinarios y excesivos, resulta que son eternos, ¿qué locura es no desearlos?

La mansiones eternas

Nosotros los mortales no hemos nacido para este mundo; aquí solamente estamos de paso, nuestro destino es la eternidad. *"El hombre irá a la casa de su eternidad"* (Eclo. 12, 5).

El tiempo se compone de horas, días, meses, años y siglos, pero la eternidad abarca todos los siglos y todos los tiempos, siempre está empezando y nunca pasa el tiempo. Pasarán millones y millones de años, pasarán millones y millones de siglos, y la eternidad estará toda entera, como el primer día, sin que haya pasado un día por ella.

Los hay escépticos que se ríen del infierno y de la etenridad, diciendo: "Lo que yo quiero es salud y dinero para pasarlo bien en este mundo, que lo que pueda ocurrir después de la muerte, me tiene sin cuidado". ¡Infelices! ¡Seguro que no pensarán así cuando lleguen a la eternidad!

Se cuenta que la impía Isabel, reina de Inglaterra, dijo: "¡Dadme 40 años de reinado y renuncio a la eternidad!". Dios cumplió sus desesos dándole los 40 años de reinado que deseaba, pero, después de su muerte, alguien la oyó que se lamentaba, diciendo: "¡Ay de mí! ¡Por 40 años de reinado, ahora una eternidad penando! ¡Ay de mí!" ¡Desventurada! ¡tarde te lamentas ahora, cuando ya no tienes remedio!

Fue más sensato Santo Tomás Moro, canciller de Inglaterra, a quien pedía su mujer que simulase su fe por dar gusto al rey y librase de la muerte, y él contestó: "¿Cómo voy a renunciar a una eternidad feliz por 10 ó 15 años más que puedo vivir?" y prefirió el martirio antes que simular su fe cristiana.

A una mujer que no podía cambiár de vida, San Juan de Avila le impuso de penitencia que estuviera toda la noche acostada sin moverse del mismo lado. La desventurada mujer creyó que aquello era muy fácil, pero apenas llevaba media hora, ya sentía ganas de volverse del otro lado; y cuanto más firme era su propósito de no moverse, mayores ansias sentía de cambiar. Al fin, no pudiendo resistir, hizo lo que le apetecía, y, a la mañana siguiente fue a buscar el santo y le dijo: "Padre, no puede estar sin moverme ni media hora".

—"Pues, hermana, dentro de poco tendrá usted que estar en el infierno, en una cama de fuego, sin moverse, no una hora ni un año, sino toda la eternidad". Aquella mujer rompió a llorar y se convirtió.

Piensa que has de morir y tal vez muy pronto y antes de lo que piensas... Aunque seas joven no tienes ni una hora asegurada tu vida...

Tal vez te parezca que tienes buena salud, pero, ¿estás seguro de cómo estás por dentro? ¿Cuántos que parecían gozar de perfecta salud y en un momento se murieron?

Todos los días mueren personas atropelladas por los coches, y ¿cuántos de ellos pensaban que iban a morir aquel día?

¡Si supiéramos el peligro que corremos de morir y condenarnos para siempre, no podríamos vivir ni

un minuto siquiera con el alma manchada con algún pecado mortal!

El manicomio de este mundo

San Juan de Avila solía decir: "El que cree en la eternidad y no se hace santo, merecería que lo encerrasen en una casa de locos".

Los santos consideraban que este mundo era algo así como un grandísimo manicomino donde se cometen las mayores locuras e insensateces por todos los hombres. Consideremos este ejemplo:

Si a un niño le dijeran: "Si te portas bien hoy en clase, mañana te daré unas vacaciones que durarán un mes, y te daré el dinero suficiente para que puedas ir donde tu quieras, incluso a Disneylandia".

¿No sería una locura no aceptar tal proposición?

Pero si en vez de la oferta anterior le hiciesen esta otra:

"Si te portas bien una hora en clase, te daré unas vacaciones de todo un año, con todo el dinero que puedas gastar durante todo ese tiempo".

Cierto que si esta vez no aceptaba, su locura aún sería mucho mayor.

Pero aún podríamos mejorar la hipotética proposición. Supongamos que un multimillonario le dice: "Sólo porque te portes bien durante un minuto en clase, te daré todo lo que tengo, que es tanto que no lo podrás gastar mientras vivas".

¡Por un solo minuto, la felicidad para toda la vida!

¿Qué diríamos si no aceptaba?

—Rotundamente que estaba loco.

Pues si pensamos que el niño del ejemplo estaría loco si no aceptaba ganarse toda una vida de felicidad por el trabajo bien hecho de un minuto, ¿qué clase de locura será la nuestra cuando no aprovechemos la vida para ganarnos la eternidad?

Razonemos:

Consideramos que estaría loco aquel niño que no aceptase ganarse la felicidad para toda la vida a cambio de un minuto de buen comportamiento.

Supongamos que la vida del niño iba a ser de cien años.

¡Por un minuto de buen comportamiento, cien años de felicidad!

Supongamos que dicho millonario tuviera poder para alargar la vida todo lo que quisiera, de manera que si el buen comportamiento del muchacho ascendía a dos minutos, le concedería 200 años de felicidad; y si eran tres minutos, serían 300 años los que podría vivir el muchacho sin hacerse viejo, siempre en plena juventud, con todo el dinero que quisiese gastar y sin que nunca le acometiese la enfermedad.

¡Por tres munuto, trescientos años; por diez minutos, mil años, y así todos los que el muchacho quisiera conseguir!

Cualquiera de nosotros estará de acuerdo en afirmar que si el muchacho no era tonto, debiera aprovechar todos los minutos de su vida.

Sin embargo, esto que acabamos de considerar como una hipótesis ficticia, es un hecho real, y la oferta se nos hace a todos, incluso en condiciones todavía mucho mejores que las que acabamos de considerar:

Veamos:

Supongamos que el niño del ejemplo fuera a vivir cien años, y que había decidido aprovechar todos los minutos de su vida para conseguir la más larga felicidad, ¿Cuántos años de felicidad le podrían corresponder por todos los minutos aprovechados de una vida de cien años?

¿Cuántos minutos son cien años?

Poca cosa: 52.986.800

Y ¿cuántos años de felicidad le correspondían?

—No muchos:

¡Una miseria de diez cifras!

¿Qué son todos esos años comparados con la eternidad que Dios nos tiene prometida?

Nada: son menos que una gota de agua comparada con el mar océano. Dichos años tienen fin, pero la eternidad es interminable y nunca tendrá fin.

Pues si decíamos que el muchacho del ejemplo estaría loco si no aprovechaba bien todos los minutos de su vida, ¿qué diríamos del cristiano que no aprovecha la suya siendo así que lo que se le ofrece es infinitivamente mas?

¡Porque la eternidad no es cosa de millones de años, ni tampoco de billones de años, ni siquiera de muchos millones de trillones de siglos!

¡La eternidad dura SIEMPRE, y eso no se puede escribir con números, porque no tiene límite, no termina nunca, no tiene fin!

Y volviendo al ejemplo anterior en el que hemos considerado que sería de locos el no aprovechar bien todos los minutos de nuestro tiempo a fin de conseguir por cada minuto bien empleado cien años de felicidad, y después de haber visto que es verdad de fe que Dios nos tiene prometido mucho más,

consideremos ahora otro aspecto o circunstancia que hace que nuestra locura sea aún mucho más grave.

Consideremos:

Hemos dicho que al citado muchacho se le ofrecían cien años de felicidad por cada minuto de su buen comportamiento, pero no se ha dicho que fuera a pasarle algo malo si no se aprovecha del estupendo negocio que se le ofrecía. Es decir: si aprovechaba bien el tiempo le darían cien años de felicidad por cada minuto; pero si no lo aprovechaba, solamente perdería la felicidad, pero no tendría otro castigo. Sin embargo, hemos considerado que estaría rematadamente loco si no lo aprovechaba...!

Consideremos ahora cuál será la locura del cristiano que no solamente pierde por cada minuto de su tiempo cien años de felicidad, sino que pierde toda una eternidad gloriosa de placeres infinitos e insuperables, y además será castigado con las terribles penas del infierno por siglos sin fin.

Considera lo que te voy a decir, porque esto es verdad de fe: Si eres bueno, y continuas siendo bueno hasta la muerte, te prometo de parte de Dios, que por cada minuto de tu vida en este mundo, luego estarás más de un millón de años en el cielo gozando de los más grandes placeres que tu no puedes imaginar.

Piensa bien lo que te digo: ¡Te prometo más de un millón de años de felicidad por cada minuto de tu buen comportamiento acá!

Al contrario: ¡Si no te portas bien, se te castigará en el infierno con más de un millón de años de tormentos por cada minuto de tu vida acá!

Piensa en la impía Isabel reina de Inglaterra;

quizá fuera 40 años feliz, que lo dudo, pero consideremos que fue 40 años feliz. Cuarenta años tienen aproximadamente 21.035.520 minutos. Si por cada minuto de su vida tuviera solamente un millón de años de tormentos, sus penas acabarías cuando hubieran pasado 21.035.000.000 años. Es decir, una miserable cifra de catorce números...

¿Qué puede significar un número de catorce cifras si lo comparamos con la eternidad? ¡Nada! Catorce cifras son muy poca cosa. Pero si en vez de catorce, ponemos quince, ya el número cambia, pues lo habremos multiplicado por diez. Y si en vez de quince, ponemos dieciseís, lo habremos multiplicado por cien. Y si en vez de dieciseís pornemos diecisiete, lo habremos multiplicado por mil.

Pero no pongamos catorce, ni quince, ni dieciseís, ni siquiera diecisiete cifras: escribramos un número de millones de cifras en una fila que de la vuelta al mundo. ¿Quien podría leer esta cantidad? Desde luego que una cifra así sería tan exorbitada que no habría nadie en este mundo capacitado para leerla. Sin embargo, te pudo asegurar que Dios sí podría leerla, y aunque tan exagerada, sería todavía corta si la comparamos con los millones de años que tú puedes ser feliz en el cielo, o lo serás desdichado en el infierno si no aprovechas tu tiempo.